

La Canalla
LITERARIA

Suplemento de letras y fideos No. 11

SUPLEMENTO ESPECIAL
hipócritalector



El entrañable
recuerdo
del amoroso

Jaime Sabines:

La pluma que hizo del amor una herida y de la muerte poesía

Por CLAUDIA CARRILLO MAYÉN

La poesía de Jaime Sabines aún se respira. Se desliza entre los dedos de los enamorados y en sus noches de insomnio. Se cuele en las manos vacías de quien ha perdido a alguien. Sus letras no se borraron con su muerte; siguen latiendo en cada verso susurrado a media voz por quienes, al leerlo, se han sentido menos solos.

Sabines entendió el amor como una herida abierta, la vida y la muerte como una misma, la soledad como un refugio. Escribió para quienes aman y sufren, para quienes, como él, han sentido que el amor y la muerte son el mismo fuego.

EL AMOROSO QUE SE REFUGIÓ EN LA POESÍA

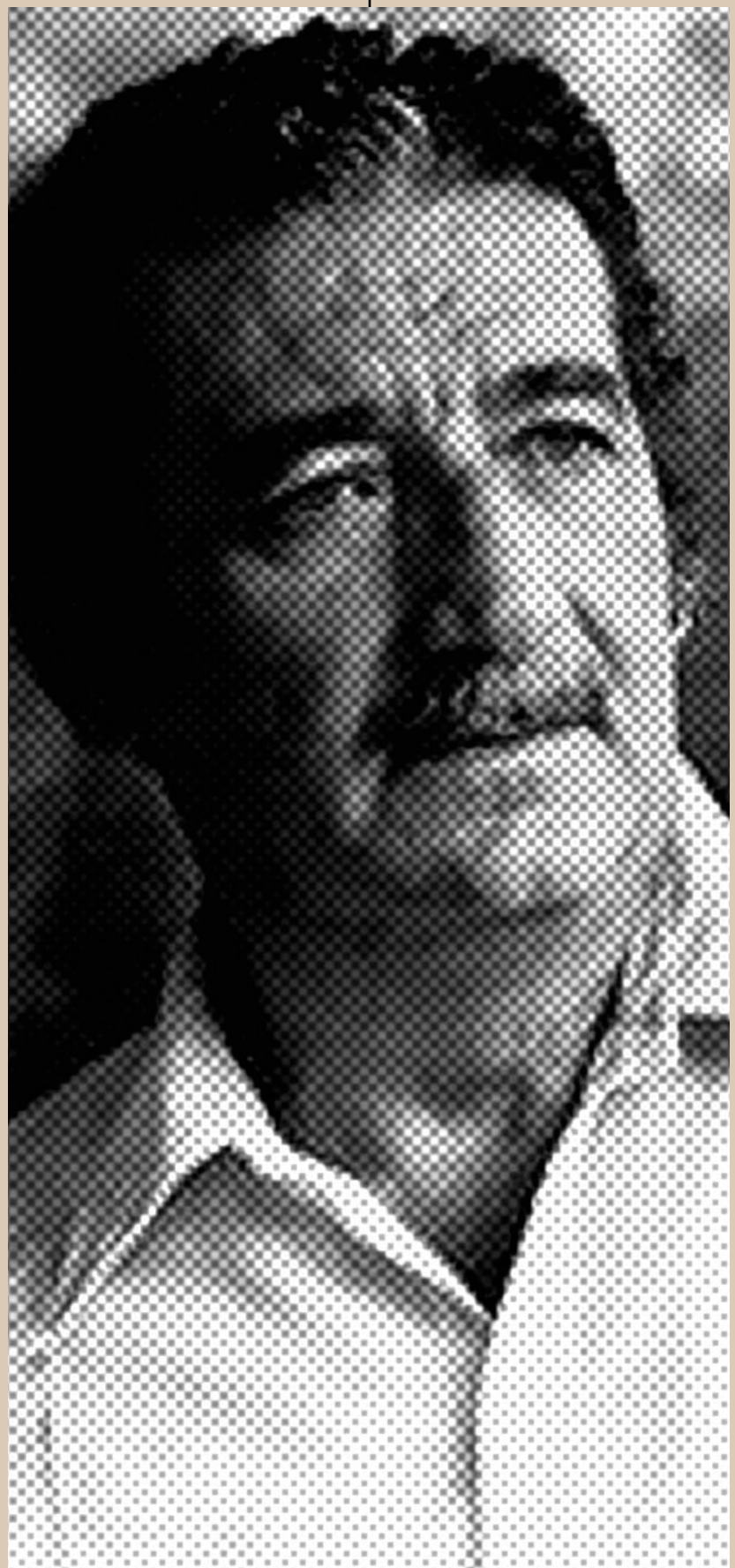
Jaime Sabines, el poeta chiapaneco cuya obra está marcada por la concepción trágica del amor y la angustiosa soledad, logró capturar las emociones humanas con una honestidad brutal y un lenguaje accesible, pero profundamente lírico. Su poesía, intensa y representativa de la literatura mexicana del siglo XX, lo consolidó como uno de los escritores más importantes de Latinoamérica.

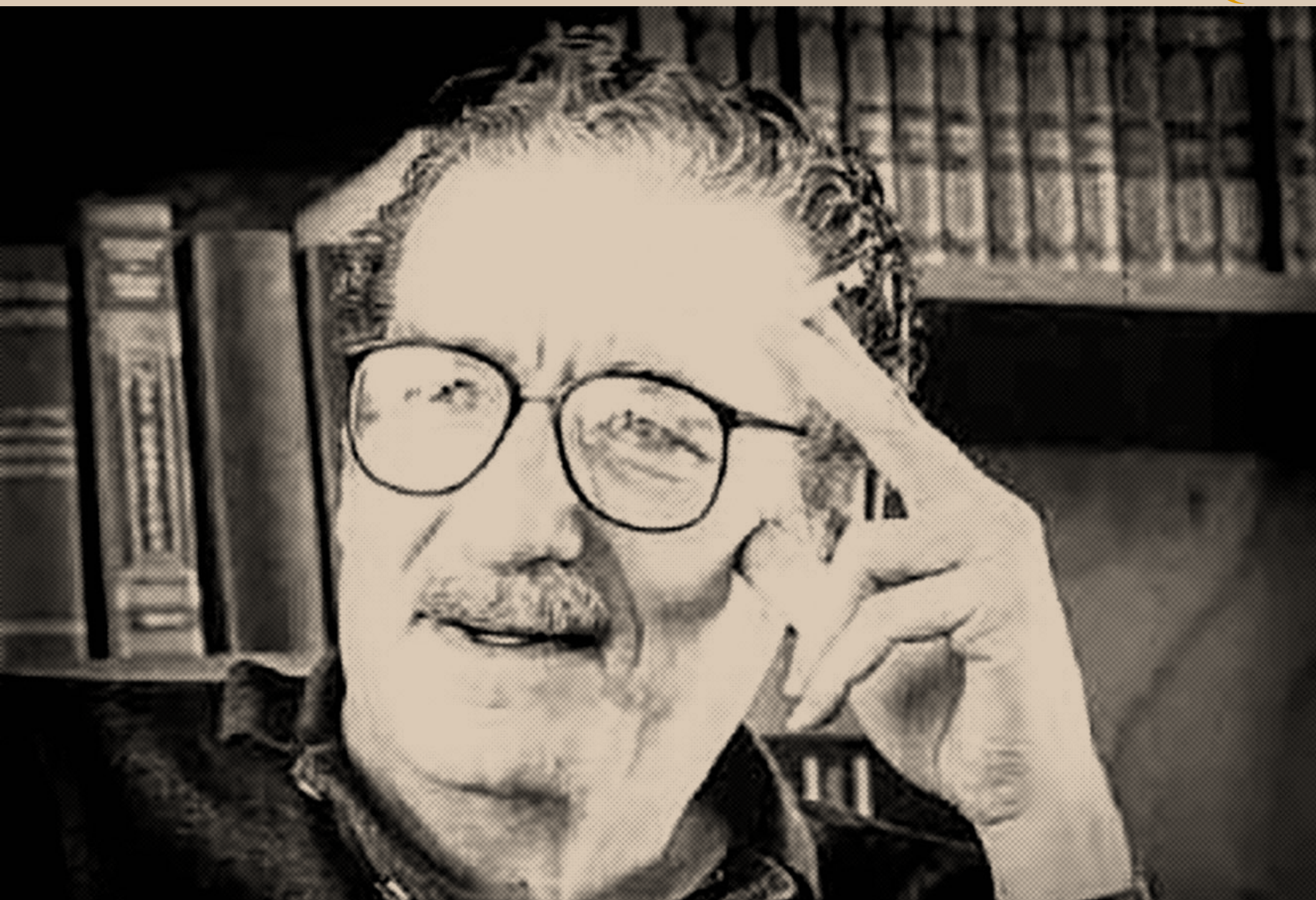
Nació hace 99 años, el 25 de marzo de 1926. Desde joven mostró un profundo interés por la escritura, publicando sus primeros textos en el diario escolar *El Estudiante* mientras cursaba la preparatoria en su natal Tuxtla Gutiérrez. Ese temprano acercamiento a las letras marcaría el inicio de una carrera literaria excepcional.

Aunque en 1945 ingresó a la carrera de Medicina, tres años después decidió abandonarla para seguir su verdadera vocación. Se trasladó a la Ciudad de México para estudiar Lengua y Literatura Española en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde comenzó a perfilarse como poeta.

Desde su primer libro, *Horas* (1950), Sabines mostró un tono sincero y melancólico, con una visión de la vida marcada por el desencanto.

*“El mar se mide por olas,
el cielo por alas,
nosotros por lágrimas.
El aire descansa en las hojas,
el agua en los ojos,
nosotros en nada.
Parece que sales y soles,
nosotros y nada...”*





Reveló, además, un estilo íntimo y desgarrador que embelesó a sus lectores, una sinceridad brutal que lo llevó a publicar *La señal* (1951) y *Adán y Eva* (1952).

En su poesía, la tristeza y la obsesión por la muerte eran temas recurrentes, como en *Tarumba* (1956).

*“Amanece la sangre doliéndome
y el cigarro amargo.
La herida de los ojos abierta para el alcohol del sol.
Y una fatiga, un cansancio, un remordimiento de estar vivo.
¿A quién le hago el juego, Tarumba?
(Perdóname. Tú sabes que digo esas cosas por decir algo.
Es un remordimiento de estar muerto).
Mi mujer y mi hijo esperan allá fuera,
y yo me quejo.
Voy a comprar unas frutas para los tres;
me gusta ver que mi hijo brinca en el vientre de su madre
al olor remoto de los mangos.
(Cuando nazca mi hijo, Tarumba, tú le vas a enseñar
los árboles y los caballos).”*

No quiero paz no hay paz

*“No quiero paz, no hay paz,
quiero mi soledad.
Quiero mi corazón desnudo
para tirarlo a la calle,
quiero quedarme sordomudo.
Que nadie me visite,
que yo no mire a nadie,
y que si hay alguien, como yo, con asco,
que se lo trague.
Quiero mi soledad,
no quiero paz, no hay paz.”*



En 1959 obtuvo el Premio Chiapas, otorgado por el Ateneo de Ciencias y Artes del estado. Tres años después, comenzó a publicar en el *Diario Semanario*, mostrando un Sabines más cotidiano y cercano al corazón que a la razón, contemplando el amor desde un ángulo terrenal.

Sus padres también fueron inmortalizados en sus letras. Tras la pérdida de su madre, escribió *Doña Luz*, un poema que expresa la inevitabilidad del olvido y la fugacidad de la existencia:

*“Lloverás en el tiempo de lluvia,
harás calor en el verano,
harás frío en el atardecer.
Volverás a morir otras mil veces.
Florecerás cuando todo florezca.
No eres nada, nadie, madre.”*

*De nosotros quedará la misma huella,
la semilla del viento en el agua,
el esqueleto de las hojas en la tierra.
Sobre las rocas, el tatuaje de las sombras,
en el corazón de los árboles la palabra amor.*

*No somos nada, nadie, madre.
Es inútil vivir
pero es más inútil morir.”*

Te quiero a las diez de la mañana

Te quiero a las diez de la mañana, y a las once, y a las doce del día.

Te quiero con toda mi alma y con todo mi cuerpo, a veces, en las tardes de lluvia.

Pero a las dos de la tarde, o a las tres, cuando me pongo a pensar en nosotros dos, y tú piensas en la comida o en el trabajo diario, o en las diversiones que no tienes, me pongo a odiarte sordamente, con la mitad del odio que guardo para mí.

Luego vuelvo a quererte, cuando nos acostamos y siento que estás hecha para mí, que de algún modo me lo dicen tu rodilla y tu vientre, que mis manos me convencen de ello, y que no hay otro lugar en donde yo me venga, a donde yo vaya, mejor que tu cuerpo. Tú vienes toda entera a mi encuentro, y los dos desaparecemos un instante, nos metemos en la boca de Dios, hasta que yo te digo que tengo hambre o sueño.

Todos los días te quiero y te odio irremediablemente. Y hay días también, hay horas, en que no te conozco, en que me eres ajena como la mujer de otro. Me preocupan los hombres, me preocupo yo, me distraen mis penas. Es probable que no piense en ti durante mucho tiempo. Ya ves. ¿Quién podría quererte menos que yo, amor mío?

Y tras la muerte de su padre, compuso *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, un extenso poema en el que plasmó su duelo de manera visceral y conmovedora.

Su estilo fue elogiado por escritores como Octavio Paz, quien lo describió como “un poeta expresionista, en sus saltos y caídas, en sus violentas y apasionadas relaciones con el lenguaje. Verdugo enamorado de su víctima, golpea a las palabras y ellas le desgarran el pecho. Para Sabines, todos los días son el primero y el último del mundo”.

La inspiración de Sabines parecía infinita. En 1972 publicó *Maltiempo*, obra que le valió el Premio Xavier Villaurrutia, uno de los más prestigiosos del país. Para entonces, su legado ya era reconocido dentro y fuera de México. En 1977 publicó *Nuevo recuento de poemas* y, en 1983, *Poemas sueltos*.

En 1985 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes, y en 1994 la Medalla Belisario Domínguez, el más alto reconocimiento otorgado por el Senado de la República. Sus poemas fueron traducidos a doce idiomas y grabados en la colección *Voz Viva de México* de la UNAM.

En sus últimos años, “El francotirador de la literatura”, como se le conocía, siguió escribiendo a pesar de sus problemas de salud. Publicó *La luna* y *Uno es el hombre* (1990), *Antología Poética* (1994) y su libro más emblemático, *Los amorosos y otros poemas* (1997).



Los amorosos

“Los amorosos callan.
El amor es el silencio más fino,
el más tembloroso, el más insoportable.
Los amorosos buscan,
los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.

Su corazón les dice que nunca han de encontrar,
no encuentran, buscan.
Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos,
entregándose, dándose a cada rato,
llorando porque no salvan al amor.

Les preocupa el amor. Los amorosos
viven al día, no pueden hacer más, no saben.
Siempre se están yendo,
siempre, hacia alguna parte.
Esperan,
no esperan nada, pero esperan.

Saben que nunca han de encontrar.
El amor es la prórroga perpetua,
siempre el paso siguiente, el otro, el otro.
Los amorosos son los insaciables,
los que siempre -¡que bueno!- han de estar solos.
Los amorosos son la hidra del cuento.

Tienen serpientes en lugar de brazos.
Las venas del cuello se les hinchan
también como serpientes para asfixiarlos.
Los amorosos no pueden dormir
porque si se duermen se los comen los gusanos.
En la oscuridad abren los ojos
y les cae en ellos el espanto.
Encuentran alacranes bajo la sábana
y su cama flota como sobre un lago.

Los amorosos son locos, sólo locos,
sin Dios y sin diablo.
Los amorosos salen de sus cuevas
temblorosos, hambrientos,
a cazar fantasmas.
Se ríen de las gentes que lo saben todo,
de las que aman a perpetuidad, verídicamente,
de las que creen en el amor
como una lámpara de inagotable aceite.

Los amorosos juegan a coger el agua,
a tatuar el humo, a no irse.
Juegan el largo, el triste juego del amor.
Nadie ha de resignarse.
Dicen que nadie ha de resignarse.
Los amorosos se avergüenzan de toda conformación.
Vacíos, pero vacíos de una a otra costilla,
la muerte les fermenta detrás de los ojos,
y ellos caminan, lloran hasta la madrugada
en que trenes y gallos se despiden dolorosamente.

Les llega a veces un olor a tierra recién nacida,
a mujeres que duermen con la mano en el sexo,
complacidas,
a arroyos de agua tierna y a cocinas.
Los amorosos se ponen a cantar entre labios
una canción no aprendida,
y se van llorando, llorando,
la hermosa vida.”



El 19 de marzo de 1999, pocos días antes de cumplir 73 años, Jaime Sabines falleció, dejando un legado imborrable en la literatura mexicana. A más de un cuarto de siglo de su partida, su poesía sigue viva, leída, citada, memorizada y admirada por generaciones.

Su estilo impetuoso y brillante exploró los sentimientos a través de un lenguaje transparente y cercano, convirtiéndolo en un referente indispensable de la literatura.

Tu nombre

Trato de escribir en la oscuridad tu nombre. Trato de escribir que te amo. Trato de decir a oscuras esto. No quiero que nadie se entere, que nadie me mire a las tres de la mañana paseando de un lado a otro de la estancia, loco, lleno de ti, enamorado. Iluminado, ciego, lleno de ti, derramándote. Digo tu nombre con todo el silencio de la noche, lo grita mi corazón amordazado. Repito tu nombre, vuelvo a decirlo, lo digo incansablemente, y estoy seguro que habrá de amanecer."

Espero curarme de ti

Espero curarme de ti en unos días. Debo dejar de fumarte, de beberte, de pensarte. Es posible. Siguiendo las prescripciones de la moral en turno. Me receto tiempo, abstinencia, soledad.

¿Te parece bien que te quiera nada más una semana? No es mucho, ni es poco, es bastante. En una semana se puede reunir todas las palabras de amor que se han pronunciado sobre la tierra y se les puede prender fuego. Te voy a calentar con esa hoguera del amor quemado. Y también el silencio. Porque las mejores palabras del amor están entre dos gentes que no se dicen nada.

Hay que quemar también ese otro lenguaje lateral y subversivo del que ama. (Tú sabes cómo te digo que te quiero cuando digo: "qué calor hace", "dame agua", "¿sabes manejar?", "se hizo de noche"... Entre las gentes, a un lado de tus gentes y las mías, te he dicho "ya es tarde", y tú sabías que decía "te quiero".)

Una semana más para reunir todo el amor del tiempo. Para dártelo. Para que hagas con él lo que tú quieras: guardarlo, acariciarlo, tirarlo a la basura. No sirve, es cierto. Sólo quiero una semana para entender las cosas. Porque esto es muy parecido a estar saliendo de un manicomio para entrar a un panteón.

Algo sobre la muerte del mayor Sabines

PRIMERA PARTE

I

Déjame reposar,
aflojar los músculos del corazón
y poner a dormir el alma
para poder hablar,
para poder recordar estos días,
los más largos del tiempo.

Convalecemos de la angustia apenas
y estamos débiles, asustadizos,
despertando dos o tres veces de nuestro escaso sueño
para verte en la noche y saber que respiras.
Necesitamos despertar para estar más despiertos
en esta pesadilla llena de gentes y de ruidos.

Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,
por eso es que este hachazo nos sacude.
Nunca frente a tu muerte nos paramos
a pensar en la muerte,
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la
alegría.
No lo sabemos bien, pero de pronto llega
un incesante aviso,
una escapada espada de la boca de Dios
que cae y cae y cae lentamente.
Y he aquí que temblamos de miedo,
que nos ahoga el llanto contenido,
que nos aprieta la garganta el miedo.

Nos echamos a andar y no paramos
de andar jamás, después de medianoche,
en ese pasillo del sanatorio silencioso
donde hay una enfermera despierta de ángel.
Esperar que murieras era morir despacio,
estar goteando del tubo de la muerte,
morir poco, a pedazos.

No ha habido hora más larga que cuando no
dormías,
ni túnel más espeso de horror y de miseria
que el que llenaban tus lamentos,
tu pobre cuerpo herido.

II

Del mar, también del mar,
de la tela del mar que nos envuelve,
de los golpes del mar y de su boca,
de su vagina oscura,
de su vómito,
de su pureza tétrica y profunda,
vienen la muerte, Dios, el aguacero
golpeando las persianas,
la noche, el viento.

De la tierra también,
de las raíces agudas de las casas,
del pie desnudo y sangrante de los árboles,
de algunas rocas viejas que no pueden moverse,
de lamentables charcos, ataúdes del agua,
de troncos derribados en que ahora duerme el rayo,
y de la yerba, que es la sombra de las ramas del cielo,
viene Dios, el manco de cien manos,
ciego de tantos ojos,
dulcísimo, impotente.
(Omniausente, lleno de amor,
el viejo sordo, sin hijos,
derrama su corazón en la copa de su vientre.)

De los huesos también,
de la sal más entera de la sangre,
del ácido más fiel,
del alma más profunda y verdadera,
del alimento más entusiasmado,
del hígado y del llanto,
viene el oleaje tenso de la muerte,
el frío sudor de la esperanza,
y viene Dios riendo.

Camina los libros a la hoguera.
Se levanta el telón: aparece el mar.

(Yo no soy el autor del mar.)

III

Siete caídas sufrió el elote de mi mano
antes de que mi hambre lo encontrara,
siete veces mil veces he muerto
y estoy risueño como en el primer día.
Nadie dirá: no supo de la vida
más que los bueyes, ni menos que las golondrinas.
Yo siempre he sido el hombre, amigo fiel del perro,
hijo de Dios desmemoriado,
hermano del viento.
¡A la chingada las lágrimas!, dije,
y me puse a llorar
como se ponen a parir.
Estoy descalzo, me gusta pisar el agua y las piedras,
las mujeres, el tiempo,
me gusta pisar la yerba que crecerá sobre mi tumba
(si es que tengo una tumba algún día).
Me gusta mi rosal de cera
en el jardín que la noche visita.
Me gustan mis abuelos de Totomoste
y me gustan mis zapatos vacíos
esperándome como el día de mañana.
¡A la chingada la muerte!, dije,
sombra de mi sueño,
perversión de los ángeles,
y me entregué a morir
como una piedra al río,
como un disparo al vuelo de los pájaros.

IV

Vamos a hablar del Príncipe Cáncer,
Señor de los Pulmones, Varón de la Próstata,
que se divierte arrojando dardos
a los ovarios tersos, a las vaginas mustias,
a las ingles multitudinarias.

Mi padre tiene el ganglio más hermoso del cáncer
en la raíz del cuello, sobre la subclavia,
tubérculo del bueno de Dios,
ampolleta de la buena muerte,
y yo mando a la chingada a todos los soles del mundo.
El Señor Cáncer, El Señor Pendejo,
es sólo un instrumento en las manos oscuras
de los dulces personajes que hacen la vida.

En las cuatro gavetas del archivero de madera
guardo los nombres queridos,
la ropa de los fantasmas familiares,
las palabras que rondan
y mis pieles sucesivas.

También están los rostros de algunas mujeres
los ojos amados y solos
y el beso casto del coito.
Y de las gavetas salen mis hijos.
¡Bien haya la sombra del árbol
llegando a la tierra,
porque es la luz que llega!

V

De las nueve de la noche en adelante,
viendo televisión y conversando
estoy esperando la muerte de mi padre.
Desde hace tres meses, esperando.
En el trabajo y en la borrachera,
en la cama sin nadie y en el cuarto de niños,
en su dolor tan lleno y derramado,
su no dormir, su queja y su protesta,
en el tanque de oxígeno y las muelas
del día que amanece, buscando la esperanza.

Mirando su cadáver en los huesos
que es ahora mi padre,
e introduciendo agujas en las escasas venas,
tratando de meterle la vida, de soplarle
en la boca el aire...

(Me avergüenzo de mí hasta los pelos
por tratar de escribir estas cosas.
¡Maldito el que crea que esto es un poema!)

Quiero decir que no soy enfermero,
padrote de la muerte,
orador de panteones, alcahuete,
pinche de Dios, sacerdote de penas.
Quiero decir que a mí me sobre el aire...

VI

Te enterramos ayer.
Ayer te enterramos.
Te echamos tierra ayer.
Quedaste en la tierra ayer.
Estás rodeado de tierra
desde ayer.
Arriba y abajo y a los lados
por tus pies y por tu cabeza
está la tierra desde ayer.
Te metimos en la tierra,
te tapamos con tierra ayer.
Pertenece a la tierra
desde ayer.
Ayer te enterramos
en la tierra, ayer.

VII

Madre generosa
de todos los muertos,
madre tierra, madre,
vagina del frío,
brazos de intemperie,
regazo del viento,
nido de la noche,
madre de la muerte,
recógelo, abrígalo,
desnúdalo, tómallo,
guárdalo, acábalo.

VIII

No podrás morir.
 Debajo de la tierra
 no podrás morir.
 Sin agua y sin aire
 no podrás morir.
 Sin azúcar, sin leche,
 sin frijoles, sin carne,
 sin harina, sin higos,
 no podrás morir.
 Sin mujer y sin hijos
 no podrás morir.
 Debajo de la vida
 no podrás morir.
 En tu tanque de tierra
 no podrás morir.
 En tu caja de muerto
 no podrás morir.
 En tus venas sin sangre
 no podrás morir.
 En tu pecho vacío
 no podrás morir.
 En tu boca sin fuego
 no podrás morir.
 En tus ojos sin nadie
 no podrás morir.
 En tu carne sin llanto
 no podrás morir.
 No podrás morir.
 No podrás morir.
 No podrás morir.
 Enterramos tu traje,
 tus zapatos, el cáncer;
 no podrás morir.
 Tu silencio enterramos.
 Tu cuerpo con candados.
 Tus canas finas,
 tu dolor clausurado.
 No podrás morir.

IX

Te fuiste no sé a dónde.
 Te espera tu cuarto.
 Mi mamá, Juan y Jorge
 te estamos esperando.
 Nos han dado abrazos
 de condolencia, y recibimos
 cartas, telegramas, noticias
 de que te enterramos,
 pero tu nieta más pequeña
 te busca en el cuarto,
 y todos, sin decirlo,
 te estamos esperando.

X

Es un mal sueño largo,
 una tonta película de espanto,
 un túnel que no acaba
 lleno de piedras y de charcos.
 ¡Qué tiempo éste, maldito,
 que revuelve las horas y los años,
 el sueño y la conciencia,
 el ojo abierto y el morir despacio!

XI

Recién parido en el lecho de la muerte,
 criatura de la paz, inmóvil, tierno,
 recién niño del sol de rostro negro,
 arrullado en la cuna del silencio,
 mamando obscuridad, boca vacía,
 ojo apagado, corazón desierto.

Pulmón sin aire, niño mío, viejo,
 cielo enterrado y manantial aéreo
 voy a volverme un llanto subterráneo
 para echarte mis ojos en tu pecho.

XII

Morir es retirarse, hacerse a un lado,
 ocultarse un momento, estarse quieto,
 pasar el aire de una orilla a nado
 y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
 refugiarse desnudo en el discreto
 calor de Dios, y en su cerrado
 puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo
 hacia el humo y el hueso y la caliza
 y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa
 tomar la eternidad como a destajo
 y repartir el alma en la ceniza.

XIII

Padre mío, señor mío, hermano mío,
 amigo de mi alma, tierno y fuerte,
 saca tu cuerpo viejo, viejo mío,
 saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,
 tu frente limpia en que aprendí a quererte,
 tu brazo como un árbol en el frío
 saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,
 tu boca firme y tu mirada abierta,
 tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.
 Parece que yo soy el que me muero:
 ¡padre mío, despierta!

XIV

No se ha roto ese vaso en que bebiste,
 ni la taza, ni el tubo, ni tu plato.
 Ni se quemó la cama en que moriste,
 ni sacrificamos un gato.

Te sobrevive todo. Todo existe
 a pesar de tu muerte y de mi flato.
 Parece que la vida nos embiste
 igual que el cáncer sobre tu omóplato.

Te enterramos, te lloramos, te morimos,
 te estás bien muerto y bien jodido y yermo
 mientras pensamos en lo que no hicimos

y queremos tenerte aunque sea enfermo.
 Nada de lo que fuiste, fuiste y fuimos
 a no ser habitantes de tu infierno.

XV

Papá por treinta o por cuarenta años,
amigo de mi vida todo el tiempo,
protector de mi miedo, brazo mío,
palabra clara, corazón resuelto,

te has muerto cuando menos falta hacías,
cuando más falta me haces, padre, abuelo,
hijo y hermano mío, esponja de mi sangre,
pañuelo de mis ojos, almohada de mi sueño.

Te has muerto y me has matado un poco.
Porque no estás, ya no estaremos nunca
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tú te has puesto
a empobrecerlo más, y a hacer a solas
tus gentes tristes y tu Dios contento.

XVI

(Noviembre 27)

¿Será posible que abras los ojos y nos veas
ahora?

¿Podrás oírnos?

¿Podrás sacar tus manos un momento?

Estamos a tu lado. Es nuestra fiesta,
tu cumpleaños, viejo.
Tu mujer y tus hijos, tus nueras y tus nietos
venimos a abrazarte, todos, viejo.
¡Tienes que estar oyendo!
No vayas a llorar como nosotros
porque tu muerte no es sino un pretexto
para llorar por todos,
por los que están viviendo.
Una pared caída nos separa,
sólo el cuerpo de Dios, sólo su cuerpo.

XVII

Me acostumbré a guardarte, a llevarte lo mismo
que lleva uno su brazo, su cuerpo, su cabeza.
No eras distinto a mí, ni eras lo mismo.
Eras, cuando estoy triste, mi tristeza.

Eras, cuando caía, eras mi abismo,
cuando me levantaba, mi fortaleza.
Eras brisa y sudor y cataclismo,
y eras el pan caliente sobre la mesa.

Amputado de ti, a medias hecho
hombre o sombra de ti, sólo tu hijo,
desmantelada el alma, abierto el pecho,

Ofrezco a tu dolor un crucifijo:
te doy un palo, una piedra, un helecho,
mis hijos y mis días, y me aflijo.

SEGUNDA PARTE

I

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos,
poco a poco te acabas.

Yo te he ido mirando a través de las noches
por encima del mármol, en tu pequeña casa.

Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas,
otro día sin garganta,

la piel sobre tu frente agrietándose, hundiéndose,
tronchando obscuramente el trigal de tus canas.

Todo tú sumergido en humedad y gases
haciendo tus desechos, tu desorden, tu alma,
cada vez más igual tu carne que tu traje,
más madera tus huesos y más huesos las tablas.

Tierra mojada donde había tu boca,
aire podrido, luz aniquilada,

el silencio tendido a todo tu tamaño
germinando burbujas bajo las hojas de agua.

(Flores dominicales a dos metros arriba
te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

II

Mientras los niños crecen y las horas nos hablan
tú, subterráneamente, lentamente, te apagas.

Lumbre enterrada y sola, pabilo de la sombra,
veta de horror para el que te escarba.

¡Es tan fácil decirte “padre mío”
y es tan difícil encontrarte, larva
de Dios, semilla de esperanza!

Quiero llorar a veces, y no quiero
llorar porque me pasas
como un derrumbe, porque pasas
como un viento tremendo, como un escalofrío
debajo de las sábanas,
como un gusano lento a lo largo del alma.

¡Si sólo se pudiera decir: “papá, cebolla,
polvo, cansancio, nada, nada, nada”

¡Si con un trago te tragara!

¡Si con este dolor te apuñalara!

¡Si con este desvelo de memorias
-herida abierta, vómito de sangre-
te agarrara la cara!

Yo sé que tú ni yo,
ni un par de valvas,
ni un becerro de cobre, ni unas alas

sosteniendo la muerte, ni la espuma
en que naufraga el mar, ni -no- las playas,
la arena, la sumisa piedra con viento y agua,
ni el árbol que es abuelo de su sombra,
ni nuestro sol, hijastro de sus ramas,
ni la fruta madura, incandescente,
ni la raíz de perlas y de escamas,
ni tío, ni tu chozno, ni tu hipo,
ni mi locura, y ni tus espaldas,
sabrán del tiempo obscuro que nos corre
desde las venas tibias a las canas.

(Tiempo vacío, ampolla de vinagre,
caracol recordando la resaca.)

He aquí que todo viene, todo pasa,
todo, todo se acaba.
¿Pero tú? ¿pero yo? ¿pero nosotros?
¿para qué levantamos la palabra?
¿de qué sirvió el amor?
¿cuál era la muralla
que detenía la muerte? ¿dónde estaba
el niño negro de tu guarda?

Ángeles degollados puse al pie de tu caja,
y te eché encima tierra, piedras, lágrimas,
para que ya no salgas, para que no salgas.

III

Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo
y van y vienen máscaras.
Amanece el dolor un día tras otro,
nos rodeamos de amigos y fantasmas,
parece a veces que un alambre estira
la sangre, que una flor estalla,
que el corazón da frutas, y el cansancio
canta.

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,
apostando a crecer como las plantas,
fijos, inmóviles, girando
en la invisible llama.
Y mientras tú, el fuerte, el generoso,
el limpio de mentiras y de infamias,
guerrero de la paz, juez de victorias
-cedro del Líbano, robledal de Chiapas-
te ocultas en la tierra, te remontas
a tu raíz oscura y desolada.

IV

Un año o dos o tres,
te da lo mismo.
¿Cuál reloj en la muerte?, ¿qué campana
incesante, silenciosa, llama y llama?
¿qué subterránea voz no pronunciada?
¿qué grito hundido, hundiéndose, infinito
de los dientes atrás, en la garganta
aérea, flotante, pare escamas?

¿Para esto vivir? ¿para sentir prestados
los brazos y las piernas y la cara,
arrendados al hoyo, entretenidos
los jugos en la cáscara?
¿para exprimir los ojos noche
a noche en el temblor obscuro de la cama,
remolino de quietas transparencias,
descendimiento de la náusea?

¿Para esto morir?
¿para inventar el alma,
el vestido de Dios, la eternidad, el agua
del aguacero de la muerte, la esperanza?
¿morir para pescar?
¿para atrapar con su red a la araña?

Estás sobre la playa de algodones
y tu marca de sombras sube y baja.

V

Mi madre sola, en su vejez hundida,
sin dolor y sin lástima,
herida de tu muerte y de tu vida.

Esto dejaste. Su pasión enhiesta,
su celo firme, su labor sombría.
Árbol frutal a un paso de la leña,
su curvo sueño que te resucita.
Esto dejaste. Esto dejaste y no querías.

Pasó el viento. Quedaron de la casa
el pozo abierto y la raíz en ruinas.
Y es en vano llorar. Y si golpeas
las paredes de Dios, y si te arrancas
el pelo o la camisa,
nadie te oye jamás, nadie te mira.
No vuelve nadie, nada. No retorna
el polvo de oro de la vida.”



Fotografía: Archivo General de la Nación, Facebook, Archivos fotográficos, Hermanos Mayo, Alfabético general primera parte, HMA/AG1/8117, Sabines Jaime (poeta).

El poeta que no quiso ser político

Por CLAUDIA CARRILLO MAYÉN

Jaime Sabines es un nombre inseparable de la poesía mexicana, pero pocos recuerdan que también incursionó en la política.

Cobijado por el entonces partido hegemónico, el PRI, llegó al Congreso en dos momentos distintos: primero como diputado federal por Chiapas (1976-1979) y, más tarde, en 1988, representando al Distrito Federal.

Sus escasos discursos en la tribuna reflejaban su visión del país y su amor por Chiapas, pero nunca llegó a ser una figura política relevante. En sus letras, además, dejó entrever su incomodidad en ese entorno:

*“Estoy metido en política otra vez.
Sé que no sirvo para nada, pero me utilizan
y me exhiben
«Poeta, de la familia mariposa-circense,
atravesado por un alfiler, vitrina 5».
(Voy, con ustedes, a verme)”*

Sabines no dejó una huella significativa en el ámbito legislativo. No encabezó grandes debates ni impulsó reformas trascendentales. Más bien, transitó la política con un perfil bajo, sin pretensiones de convertirse en un líder.

Tampoco buscó desafiar al poder ni utilizó su voz poética como un instrumento de denuncia dentro del Congreso. Algunos críticos han señalado que su paso por la política fue una forma de obtener apoyo para su carrera literaria; sin embargo, Sabines ya gozaba de prestigio antes de su incursión legislativa.

Su experiencia como diputado parece haber sido un episodio circunstancial, alejado de su verdadera pasión. Lo más cercano a un posicionamiento político en su obra se encuentra en *Yuria* (1967), donde incluyó algunos poemas con contenido social, y en *Tlatelolco*, publicado en 1968, en el contexto del movimiento estudiantil que lo inspiró.

El lugar de Jaime Sabines siempre estuvo en las palabras y los sentimientos, no en los pasillos del poder. Su paso por el Congreso no alteró su legado ni modificó su esencia. Su faceta política sigue siendo apenas una anécdota dentro de su biografía, mientras que su poesía continúa iluminando la literatura mexicana.



Tlatelolco 1968

1

Nadie sabe el número exacto de los muertos,
ni siquiera los asesinos,
ni siquiera el criminal.
(Ciertamente, ya llegó a la historia
este hombre pequeño por todas partes,
incapaz de todo menos del rencor.)
Tlatelolco será mencionado en los años que vienen
como hoy hablamos de Río Blanco y Cananea,
pero esto fue peor,
aquí han matado al pueblo.
No eran obreros parapetados en la huelga,
eran mujeres y niños, estudiantes,
jovencitos de quince años,
una muchacha que iba al cine,
una criatura en el vientre de su madre,
todos barridos, certeramente acribillados
por la metralla del Orden y Justicia Social.
A los tres días, el ejército era la víctima de los desalmados,
y el pueblo se aprestaba jubiloso
a celebrar las Olimpiadas,
que darían gloria a México.

2

El crimen está allí,
cubierto de hojas de periódicos,
con televisores, con radios, con banderas olímpicas.
El aire denso, inmóvil,
el terror, la ignominia.
Alrededor, las voces, el tránsito, la vida.
Y el crimen está allí.

3

Habría que lavar no sólo el piso; la memoria.
Habría que quitarles los ojos a los que vimos,
asesinar también a los deudos,
que nadie llore, que no haya más testigos.
Pero la sangre echa raíces
y crece como un árbol en el tiempo.
La sangre en el cemento, en las paredes,
en una enredadera: nos salpica,
nos moja de vergüenza, de vergüenza, de vergüenza.
Las bocas de los muertos nos escupen
una perpetua sangre quieta.

4

Confiaremos en la mala memoria de la gente,
ordenaremos los restos,
perdonaremos a los sobrevivientes,
daremos libertad a los encarcelados,
seremos generosos, magnánimos y prudentes.
Nos han metido las ideas exóticas como una lavativa,
pero instauramos la paz,
consolidamos las instituciones;
los comerciantes están con nosotros,
los banqueros, los políticos auténticamente mexicanos,
los colegios particulares,
las personas respetables.
Hemos destruido la conjura,
aumentamos nuestro poder:
ya no nos caeremos de la cama
porque tendremos dulces sueños.
Tenemos Secretarios de Estado capaces
de transformar la mierda en esencias aromáticas,
diputados y senadores alquimistas,
líderes inefables, chulísimos,
un tropel de putos espirituales
enarbolando nuestra bandera gallardamente.
Aquí no ha pasado nada.
Comienza nuestro reino.

5

En las planchas de la Delegación están los cadáveres.
Semidesnudos, fríos, agujereados,
algunos con el rostro de un muerto.
Afuera, la gente se amontona, se impacienta,
espera no encontrar el suyo:
“Vaya usted a buscar a otra parte.”

6

La juventud es el tema
dentro de la Revolución.
El gobierno apadrina a los héroes.
El peso mexicano está firme
y el desarrollo del país es ascendente.
Siguen las tiras cómicas y los bandidos en la televisión.
Hemos demostrado al mundo que somos capaces,
respetuosos, hospitalarios, sensibles
(¡Qué Olimpiada maravillosa!),
y ahora vamos a seguir con el Metro
porque el progreso no puede detenerse.
Las mujeres, de rosa,
los hombres, de azul cielo,
desfilan los mexicanos en la unidad gloriosa
que constituye la patria de nuestros sueños.



EN PORTADA

Fuente: <https://www.gob.mx/cultura/prensa/el-homenaje-mas-importante-es-que-me-lean-que-mis-libros-sirvan-de-algo-jaime-sabines>

La Canalla LITERARIA

Suplemento de letras y fideos No. 10

SUPLEMENTO DE
hipócritalector

SUPLEMENTO

COORDINACIÓN DE SUPLEMENTO
CLAUDIA CARRILLO MAYÉN

HIPÓCRITA LECTOR

MARIO ALBERTO MEJÍA
DIRECTOR GENERAL
CLAUDIA CARRILLO MAYÉN
DIRECTORA EDITORIAL
OSCAR COTE PÉREZ
DISEÑO EDITORIAL
BEATRIZ GÓMEZ
DIRECTORA ADMINISTRATIVA

Hipócrita Lector, diario de lunes a viernes.
Dirección: Monte Fuji 20, Fraccionamiento La Cima, Puebla. CP. 72197 Correo: atencion.hipocritalector@gmail.com
Editor responsable: Claudia Carrillo Mayén
Permisos Indautor, Licitud y Contenido: En trámite
Todos los materiales son responsabilidad exclusiva de quien los firma.